

MENOS TEORIA Y MAS ESPIRITU

19 de Enero de 2020

Evangelio según JUAN 1,29-34

Al día siguiente, vio a Jesús que llegaba hacia él, y dijo:

-Mirad el Cordero de Dios, el que va a quitar el pecado del mundo. Éste es de quien yo dije: «Detrás de mí llega un varón que estaba ya presente antes que yo, porque existía primero que yo». Tampoco yo sabía quién era, pero si yo he venido a bautizar con agua, es para que se manifieste a Israel.

Y Juan dio este testimonio:

-He contemplado al Espíritu bajar como paloma desde el cielo y quedarse sobre él. Tampoco yo sabía quién era; fue el que me mando bautizar con agua quién me dijo: «Aquel sobre quien veas que el Espíritu baja y se queda, ése es el que va de bautizar con Espíritu Santo».

Pues yo en persona lo he visto, y dejo testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

El novelista *Julien Green* describe una asamblea de cristianos con estas penetrantes palabras: *«Todo el mundo creía, pero nadie gritaba de asombro, de felicidad o de espanto»*.

Los cristianos de hoy no somos conscientes de la profunda contradicción que se produce en el interior de nuestra vida cuando la apatía y la indiferencia apagan en nosotros el fuego del Espíritu.

Parecemos hombres y mujeres que, por decirlo con palabras del Bautista, han sido *«bautizados con agua»* pero a los que falta todavía *«ser bautizados con Espíritu Santo y fuego»*.

Cristianos que viven repitiendo lo que, tal vez, aprendieron hace años, pero que carecen de su propia experiencia de Dios.

Personas que se han ido creciendo en otros aspectos de la vida pero que han quedado atrofiados interiormente, frustrados en su *«desarrollo espiritual»*. Gentes buenas que siguen cumpliendo con fidelidad admirable sus prácticas religiosas pero que no conocen al Dios vivo que

alegra la existencia y desata las fuerzas para vivir. Lo que falta en nuestras comunidades no es tanto la repetición del mensaje evangélico o el servicio sacramental sino la experiencia de encuentro con ese Dios vivo.



Por lo general, es insuficiente lo que se hace entre nosotros para enseñar a los creyentes a adentrarse en su interior y descubrir la presencia del Espíritu en el corazón de cada uno y en el interior de la vida. Escasos los esfuerzos por aprender prácticamente caminos de oración y silencio que nos acerquen a Dios como fuente de vida.

Seguimos escuchando y repitiendo las palabras de Cristo como *«desde el exterior»*. No nos detenemos apenas a escuchar su voz interior, esa voz amistosa y estimulante, que ilumina, conforta y hace crecer en nosotros la vida.

Decimos de Dios palabras admirables, pero nos ayudamos poco a presentir a Dios con emoción y asombro, como esa Realidad en la que nos sentimos vivos y seguros porque nos sentimos amados sin fin y de manera incondicional.

Para gustar a ese Dios no bastan las palabras ni los ritos. No bastan los conceptos ni los discursos teológicos. Es necesaria la experiencia personal. Que cada uno se acerque a la Fuente y beba.

No deberíamos olvidar los cristianos aquella observación que hace *Tony de Mello* con su habitual encanto: Jamás se ha emborrachado nadie a base de pensar intelectualmente en la palabra *«vino»*. Así de sencillo. Para gustar y saborear a Dios, no basta teorizar sobre él. Es necesario beber del Espíritu.

ANSIAS DE VIVIR

No sé qué hacer, Señor,
con estas ansias de vida,
que me van devorando
cada día!

Si pretendo frenarlas,
ya no vivo.

Si las dejo correr,
¿dónde me llevan?

Tú eres la vida.

Yo sólo un hilo de tu fuente.

Manar, correr, verterme...

Sin mirar dónde,
cómo y a quiénes,
derramarme.

Y a los pies de mi hermano,
de cualquiera,
estrellar mi alabastro
y dejar que la casa
se empape toda del perfume
barato, que te traigo.

¿Eso es vivir?

Pues eso ansío

El morir a mi muerte,
el no acabarme

con algo tuyo, por dar, entre mis dedos.

Y, cuando haya partido,
continuaré, manando de tu fuente,
lo aprendido:

Muero, siempre que vivo;

Vivo, siempre que muero.

Ignacio Iglesias, sj

La indiferencia ante lo que les pasa a los demás —a los de otra familia, a los de otro pueblo, a los de otra nación,...— está erosionando la convivencia, y está cuestionando nuestra condición de seres humanos. ¿De verdad proclamamos que «todos los seres humanos nacen libre e iguales y que, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente», como reza el artículo primero de los Derechos Humanos? Y es que no basta con reconocer que somos humanos; tenemos que ser, vivir, practicar, o sea, ser solidarios y sentirnos y vivir como hermanos.

La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso en la evangelización, pues, si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que los salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos “discípulos” y “misioneros”, sino que somos siempre “discípulos misioneros”. Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús salían a proclamarlo gozosos: “¡Hemos encontrado al Mesías!”. ¿A qué esperamos nosotros?

La alegría del evangelio, p.99.



PISTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo y cómo se produjo nuestro encuentro personal con Jesús y con su proyecto, el Reino de Dios?
- Si somos cristianos practicantes, ¿qué es lo que de verdad practicamos?